

URUGUAY, el BENJAMIN de ESPAÑA

"A comienzos del siglo XVIII la Madre España ya no era muy joven. Llegada gloriosamente a la madurez de su real persona en los últimos años del siglo XV, después de su larga y azarosa adolescencia en la reconquista contra el moro, Dios la desposó con el océano el 12 de octubre de 1492 y la hizo fértil en hijos, como la "mujer fuerte" de las Escrituras. Unida en matrimonio con el mar, su viaje de bodas y su vida conyugal se realizaron siempre en remotas tierras, en alas de un espíritu aventurero y navegante. Por eso los hijos de España nacieron todos en Ultramar.

Síntesis de la "biografía del más joven y uno de los más pujantes países hispánicos", según el reciente libro de Ernesto La Orden.

Dió a luz primeramente la Madre España a las naciones isleñas del Mar Caribe—las que quizá por eso mismo habían de tardar más tiempo en separarse de su hogar—, y fueron llegando a la vida, con brevísimos lapsos, en un ejemplo increíble de fecundidad, la robustísima Nueva España de Méjico, la Nueva Granada que sería Colombia, la Nueva Andalucía que forma hoy parte de Venezuela, la Nueva Castilla del legendario Perú, la Nueva Extremadura del lejano Chile y tantas otras regiones americanas, a las que la Madre Patria siguiendo la tradición de sus viejas familias, solía bautizar con el nombre de alguna de las regiones ibéricas abuelas de la misma España.

Una travesía oceánica algo más larga, tan arriesgada que dió por primera vez la vuelta al mundo, ofreció a España la ocasión de alumbrar en el Extremo Oriente a las islas que se llamaron Filipinas en honor del Rey Don Felipe II. Una incursión por tierras adentro en el continente americano, remontando el curso del río que se suponía nació en las sierras de la plata, asistió al alumbramiento del Paraguay, verdadero paraíso terrenal entre muchas aguas, y presenció el orto de los pueblos ecuestres asomados al borde del Paraná.

Habían pasado ya dos siglos de una fecundidad sin ejemplo en la historia del mundo, solamente comparable, casi sin hipérbolo, a la fecundidad divina del día de la creación, cuando la Madre España sintió por última vez dolores de parto y se detuvo para dar a luz a un hijo en la orilla septentrional del Río de la Plata. Era una tierra verde y ondulante, regada por muchos arroyos y duramente acariciada por el viento, en la que a veces paseaba, viniendo de lejos, el Brasil, hijo ultramarino de nuestro hermano Portugal. Allá lejos y entonces, casi a deshora, vino a la vida el Uruguay. Por eso, entre los hijos de la Madre España, el Uruguay es el benjamín."

VIDA Y RETRATO DE BENJAMIN

De esta manera da comienzo el prólogo—"De cómo el Uruguay fué el último hijo de la Madre España y por eso le llamamos Benjamín"—en

un libro que acaban de lanzar las ediciones de Cultura Hispánica, encabezando la nueva serie de "Pueblos Hispánicos", bajo la frase mágica de Rubén Darío: "Sangre de Hispania fecunda".

"Biografía del más joven y uno de los más pujantes países hispánicos", substitula a este libro su autor, D. Ernesto La Orden Miracle, diplomático español, asiduo colaborador de MVNDO HISPANICO. Y realmente se trata de una biografía. Ernesto La Orden ha considerado al Uruguay como una persona, un buen mozo voluntarioso y gallardo, y ha seguido su vida paso a paso, desde su infancia ganadera y militar hasta su actual madurez jurisperita.

Habla de cómo Benjamín se crió entre ganaderos, soldados y comerciantes, con escaso trato de sacerdotes y letrados, mientras sus hermanos de la cordillera de los Andes llevaban dos siglos de religión, de letras y de abelengo; recuerda cómo Benjamín hombreó muy pronto, emancipándose de la madre España e indisponiéndose con su hermano argentino; hace historia de cómo el Uruguay fué a caer bajo el dominio del Brasil, pero luchó como un valiente para recuperar su libertad, y al cabo consiguió lograrla por los buenos oficios de Inglaterra; relata las guerras civiles y la influencia francesa en el Uruguay mediante un capítulo relativo a "cómo, en su borrascosa juventud, Benjamín anduvo a cintarazos varios años y tuvo un amorío con Mariana"; narra también cómo Benjamín sentó plaza, en los quince años de sus dictaduras militares, y cómo actualmente es abogado, con puntas y ribetes de leguleyo... Toda la vida de Benjamín, es decir, la historia del Uruguay, aparece relatada en esta primera parte del libro, concebida a manera de un cuadro vivo, con toques novelísticos y poéticos.

ARTIGAS, EN SUS TRECE

He aquí un fragmento revelador de esta manera de escribir la historia. Narra la muerte de D. José Artigas, el héroe nacional uruguayo, desterrado durante treinta años en el Paraguay. Dice así:



"A la sombra frondosa de un "ibirapitá" (madera roja), desgranando entre los dedos sarmentosos una mazorca de maíz o las cuentas del rosario, que el mismo rezaba con sus criados, a la vieja usanza española, Artigas se negó siempre a volver al Uruguay. Cuando le llegó la hora de morir, ya casi de noventa años, se levantó del lecho en que yacía para recibir de pie a su Divina Majestad, lo mismo que hizo en el siglo XIII San Fernando, Rey de Castilla. Cuando cayó en el último delirio reclamó que le llevaran

su caballo. Así, como soldado y como cristiano a la manera de sus abuelos españoles, murió general Artigas en su rancho de Ibiray, junto a Asunción.

"A la manera de sus antepasados españoles, Antes hemos comparado a Artigas con Napoleón hablando de las batallas de sus "mil y cien días y de su destierro en el Paraguay, comparable a Santa Elena. Zorrilla San Martín lo parangonó a Rey Lear, huyendo de sus hijas, loco y triste, sin otro consuelo que el de su querida Cordelia. Digamos ahora que la figura moral de Artigas tiene

una clarísima ascendencia española, y no sólo española, sino aragonesa, puesta que era zaragozana la sangre de aquel gauchibaturro emancipador del Uruguay. Cuando el cardenal Pedro de Luna, elegido Papa Benedicto XIII por un conclave del Cisma de Occidente, se vió abandonado por los mismos que le habían elegido y en trance de renunciar a la tiara, se encerró hoscamente en la isla fortificada de Peñíscola y allí se dejó morir por largos años sin abdicar de su título pontificio, esto es, sin apearse de "sus trece". El retiro de Artigas en el Paraguay tuvo, a mi ver, el mismo significado. Artigas se dejó morir en su rancho guaraní, insensible a todos los llamamientos de su patria, porque no quería apearse de sus trece: de sus Instrucciones del año XIII, síntesis de su plan político sobre el Plata y aun sobre la América del Sur."

BENJAMIN, GAUCHO Y COSMOPOLITA

La segunda parte de este libro se titula "Retrato de Benjamín". Es una serie de estampas, casi de reportajes, sobre

todas las realidades actuales del Uruguay, físicas, económicas, raciales, culturales y políticas. En un capítulo "se recorre a grandes pasos la tierra patrimonial del Uruguay, con sus verdes colinas y sus muchas aguas"; en otro se describe la ciudad de Montevideo, hermosa aunque desproporcionada capital del país; se pinta en otro con oscuros tonos, "porque hay que ser más amigos de la verdad que de Platón", el triste estado del campo uruguayo; se procura delinear la fisonomía de Benjamín, el ser nacional del Uruguay, sobre la base de su población originaria y el enorme aporte de la inmigración europea; se somete a examen el temperamento, la instrucción y la cultura de Benjamín; se lamenta que Benjamín haya perdido la fe de sus mayores, pero se consagra especial atención al espíritu de los católicos uruguayos; se analiza el color de los blancos y los colorados y se dice el pro y el contra de la democracia uruguayana, etc.

Entresacamos de estos capítulos un fragmento de la "Elegía de los indios los negros y los gauchos":

"Durante los años de la infancia de Benjamín, mientras el Uruguay crecía en el hogar de la Madre España, dejando aparte el escaso número de los españoles peninsulares y de sus hijos criollos de pura sangre blanca, la población de la Banda Oriental comprendía tres tipos de hombres, o, por mejor decir, tres razas: la india, la negra y la gaucha. En el momento actual puede decirse que estas tres razas han desaparecido, o por lo menos han disminuido tanto en número o han degenerado de tal manera en su pureza étnica o sus costumbres autóctonas, que cabe considerarlas extinguidas. Aunque el Uruguay tenga tan poca edad, ya se le han muerto muchas cosas de su juventud. Los indios, los negros y los gauchos ya no existen. Es justo que entonemos su elegía... ¿Será la decadencia gaucha una consecuencia necesaria del progreso material del país? Nos negamos a aceptar esta tesis, que es la del mismo Zum Felde, siguiendo las huellas del argentino Sarmiento. Los valores físicos y temperamentales de la estirpe gaucha hubieran podido ser incorporados eficazmente a la población del Uruguay contemporáneo si los Gobiernos instalados en Montevideo se hubieran sentido representantes de todo el país y no solamente de las minorías urbanas que están en contacto con la inmigración europea y las modas de París... Una evolución sociológica meteca, absolutamente errónea desde el punto de vista del casticismo nacional, ha podido dar sepultura al gaucha uruguayo, igual que a los charrúas o a los congos. Pero si el Uruguay quiere recuperar alguna vez su espíritu propio, sin lirismos de indios ni cardombes de negros, tendrá que resucitar al gaucha muerto, restaurando su auténtico sentido nacional. Sólo entonces habrán hecho los uruguayos lo que ellos llaman "una gauchada", una hazaña gallarda y varonil."

EL URUGUAY Y EL ANTIURUGUAY

De otro capítulo, del relativo a la fisonomía nació

nal uruguayo, transcribimos los párrafos finales:

"La tradición nacional del Uruguay! He aquí toda la esencia del problema. Nunca he podido comprender la definición de nación atribuida a Renán, según la cual una nacionalidad no es más que el plebiscito voluntario de los individuos. Esta definición individualista en materia de tanta monta como es la misma maternidad de los grupos humanos, confunde lamentablemente a una nación con una sociedad anónima, comercial o deportiva. Si el ser de un pueblo no reside más que en la decisión voluntaria de sus componentes en un momento determinado del tiempo, falta por completo la continuidad histórica, que es tan esencial al grupo humano como lo es la identidad física a la personalidad del individuo. Una

nación que exista como tal, tiene que ligarse al tronco de su fundación y mostrar su identidad de raza y de espíritu a través de los siglos de su existencia. Si falta esa tradición, falla la personalidad. La patria está amenazada por la antipatria; la nación está derrotada por la población.

"Aquel gran pensador y patriota hispano que se llamó D. Ramiro de Maeztu hubo de plantearse agudamente estas mismas inquietudes ante el tremendo proceso de desnacionalización a que la segunda República había sometido a nuestra patria. Suya fué la contraposición rotunda entre la España y la Anti-españa, idea genial, verdadera idea madre, tan sustancial como su otra concepción ecuménica sobre la Hispanidad. Yo pienso que en el Uruguay podría plantearse, todavía con más razón que en España, la contraposición entre la patria y la antipatria, entre el criollismo oriental y el cosmopolitismo apatrida, entre el Uruguay y el Antiuruguay. "España es una encina medio sofocada por la hiedra", dijo la voz profética de don Ramiro; "la hiedra es tan frondosa y se ve la encina tan arrugada y encogida, que a ratos parece que el ser de España está en la trepadora y no en el árbol". Pero la encina española estaba viva, llena de fruto en las ramas aún libres del abrazo mortal de la parásita. Llegó la hora de cortar la raíz a la trepadora y el viejo roble de España volvió a levantar desnudo su recio tronco, del que han brotado veinte retoños al otro lado de los mares.

Uno de los retoños del roble hispano, el más joven y tierno, arraigado junto al Plata, ha venido sufriendo desde hace más de un siglo los abrazos de muchas plantas parásitas y los injertos de muchos árboles extraños. Los colores de su copa y las cortezas de su tronco no han podido menos de sufrir alguna variación. Parece a veces que aquel roble hispánico se ha convertido en un eucalipto extranjero; tan diferente parece su madera de la del roble progenitor y los demás robles del mismo vivero. Pero estad bien seguros de que el roble joven del Plata no ha muerto, sino que está resistiendo heroicamente la asimilación de sus injertos y embelleciéndose con ellos sin malbaratar su congénito vigor. Ahí está el Uruguay, roble florido, levantando su tronco junto al Plata, frente al gran tronco hermano de la Argentina. La savia que se agita en ese tronco, trabajando oscuramente sus entrañas vegetales, es la sangre de Hernandarias y de Zabala, la de Artigas y la de los Treinta y Tres."

ESPAÑA, "ESCANDALO DE LA CRUZ"

Con la misma sinceridad se expresa el autor en el capítulo consagrado a examinar la religiosidad del Uruguay. Desgra-

ciadamente, entre los católicos uruguayos, muchísimos de ellos bien intencionados, ha cundido la postura maritainiana del catolicismo liberal y una injustísima incomprensión ante España. Ernesto La Orden analiza todo ello con caridad pero con energía. A su libro pertenecen estos párrafos:

"España no es ni ha sido un "escándalo nazi". Lo que ha sido y seguirá siendo para algunos católicos, en pura desgracia de éstos, es un "escándalo de la cruz". Es necesario decir las cosas con absoluta claridad. El catolicismo español, lleno de sinceridad y de ímpetu, ha salido de nuestra Cruzada con un sagrado entusiasmo, acendrando sus permanentes características, que no pueden ser muy del agrado de los católicos disminuidos que andan por esos mundos. Estas características, expuestas en una síntesis sumaria, son de una fe integérrima, sin complacencias con el error, por muy engalanado que se presente, y una voluntad decidida al servicio de la misma fe, sin flaquezas ni cobardías en su espíritu de misión. La fe española es la misma del apóstol Santiago, el que por algo fué destinado por Dios a la evangelización y al patronazgo de España. "¿Podéis beber este cáliz?" "¿Sí que podemos!", contestó Santiago, y poco después, tras la predicación en España, ofreció gozosamente su cabeza al hacha del verdugo. España, firme en su fe, también ha podido, porque lo ha querido de verdad, servir dignamente a la Religión en su vida pública, aunque ello le haya costado el baño de sangre y los miles de mártires de su guerra de Cruzada"... "El misterio de los mártires de España, dicha garantía del catolicismo español, se convertirá muy pronto, también en el Uruguay, en la glorificación suprema de la España católica. Yo espero con todo el fervor de mi alma entrar algún día en una iglesia de Montevideo, acompañado por los queridos amigos del Uruguay, y arrodillarnos juntos ante el altar de un santo mártir de nuestra Cruzada, recordando como una pesadilla los años en que nuestra España constituyó para algunos hermanos, ya bien encaminados, un inefable "escándalo de la cruz."

UNA DEMOCRACIA FELIZ

En este sincerísimo examen de las realidades uruguayas, el autor analiza el color de los "blancos" y los "colorados", esto es, la política interior del Uruguay, lo mismo que "la figura que hace el Uruguay en el ancho mundo", es decir, la política exterior del país hermano del Plata.

En lo que respecta a la primera, La Orden encomia la prudencia política que significa la existencia de dos grandes partidos tradicionales, ruedas gemelas y seguras del carro del gobierno, y hace justicia al hecho de que los "colorados", aunque tienen diversidad de matices, en ningún caso llegan a ser "rojos". Define al Uruguay como un Estado perfectamente en regla, una democracia feliz y bien organizada. Particularmente entusiasta es el fragmento consagrado al partido "blanco", esa gran agrupación acampada ante las puertas del poder hace ochenta años, casi un siglo de espera intransigente y gallarda, con la bandera de la tradición en las manos y la indomable voluntad nacionalista en el corazón.

Pero es la política del Uruguay con respecto a España, en los últimos tiempos, la que se juzga especialmente en el capítulo consagrado a analizar los sentimientos del Uruguay con respecto a la Madre Patria y los de ésta para con



su Benjamín. Allí se dice que el Uruguay sigue teniendo madre y se comprueba, entrañablemente, que la guerra civil española se convirtió en guerra civil uruguaya en los corazones de todos los orientales. Textualmente se declara:

"Proclamamos fervorosamente la gallardía, la intrepidez y hasta el heroísmo de los patriotas uruguayos que han sabido defender en los últimos años la verdad de España. No poseían información, pero intuían nuestra verdad. No podían abrir la boca, pero dejaban hablar al corazón. Entre la baránda de los españoles indignos, el servilismo de los uruguayos cómplices y la gran ignorancia de las masas mal informadas, estos uruguayos—muchísimos más de los que podía parecer—veían a España en plena luz con los ojos del espíritu y amaban a España en plena fe con las entretelas de su corazón.

Ellos eran los legítimos representantes de su patria, los verdaderos hijos de ese Benjamín uruguayo, que, precisamente por ser el benjamín, es amado por la Madre España con un amor de predilección. Los años que vienen van a presenciarse de nuevo, sin duda alguna, una gran afluencia de españoles sobre el Plata, una copiosa transfusión de sangre materna a las venas juveniles de Benjamín. Los yerros pasados caerán en el olvido y un porvenir glorioso se abrirá para España y el Uruguay, íntimamente enlazados en la comprensión y en el amor."



CON AMOR, PERO CON SINCERIDAD

Este amor entre España y Uruguay es la musa permanente del libro compuesto por el diplomático español. "Cum amore et studio" podía ser el lema de esta biografía del Uruguay. La Madre Patria

España, aunque poco halagada por el elemento oficial uruguayo durante los últimos años, no siente por su benjamín más que cariño. Ese mismo sentimiento afectuoso emana de toda la obra de La Orden, sin perjuicio del culto a la verdad.

La crítica española ha interpretado así unánimemente este libro. Melchor Fernández Almagro escribe en *A B C*: "El autor se mueve con amorosa objetividad. Lo objetivo emana de la documentación, que La Orden acumula con estudio y maneja con soltura. El amor va por dentro, caldeando el dato y aflojando en este o en aquel encomio; pero, sobre todo, informando la visión del tema." Nicolás González Ruiz ha escrito en *Ya* un artículo titulado "Amor al Uruguay", en el que dice: "El punto de vista de España con respecto a América ya no es el de la madre apasionada por sus hijos menores, sino el de la madre en plena madurez que contempla a sus hijos emancipados. En esta etapa de la vida, el amor no quita conocimiento, sino que lo añade y lo hace profundo. La visión maternal es reposada y tranquila y por ningún precio se enturbiarán en ella ni la verdad ni el amor..." "El Uruguay no es solamente una pequeña nación próspera, hermosa y rica. Es el Benjamín de España. El último de los hijos de la Madre, al que se quiere más, al que se perdona más y con el que se amplían casi ilimitadamente los linderos de la comprensión. Necesitábamos este libro bello y objetivo de Ernesto La Orden, con ese capítulo epílogo de contemplación y buenaventura desde el cerro de Montevideo, que dice cuanto hay que decir del amor con que la obra se ha pensado y se ha escrito."

UNA BUENAVENTURA AL URUGUAY

"Mis pensamientos sobre el Uruguay han sido siempre risueños—incluso cuando se enfrentaban con circunstancias ingratas—, porque el amor es más fuerte que la adversidad y que el tiempo y yo supe vencer al tiempo adverso con las razones superiores del amor. Por eso mi despedida desde el Cerro, frente a la clara ciudad y el río purpúreo, fué una gozosa y limpia buenaventura.

Y mi buenaventura al Uruguay fué ésta: "Voy a decírtela, hermoso Benjamín, último hijo de mi misma madre, hermano mío menor y muy querido, joven y muy gallardo, afortunado y voluntarioso, lleno de todas las gracias

Al epílogo aquí aludido pertenecen los siguientes fragmentos:

¡DIOS TE GUARDE Y TE AUMENTE!

clavé mis ojos con renovado ahinco en la silueta lejana de la ciudad. Con la rapidez del rayo pasaron por mi mente muchas cosas que he dicho en este libro y otras muchas que se quedaron sin decir. A modo de una cinta cinematográfica que se proyectara en dirección inversa, cruzaron por mi imaginación los cuadros más modernos de la historia del Uruguay, los grabados románticos del siglo XIX, los óleos legendarios de las *patriadas*, las plácidas acuarelas ganaderas de los orígenes, la estatua manca de don Bruno de Zavala y la estampa noémica de Hernando Arias, depositando sobre la tierra uruguaya las vacas y los caballos de la fundación. Pasaron en visión caleidoscópica los gauchos de Aparicio, los hacheros de Santos, los lanceros de Oribe y los "blandengues" de Artigas, seguidos por los primeros centauros del génesis de la nacionalidad. Al final de esta teoría de imágenes alucinantes, el Uruguay era una pradera desierta, ceñida por las bandas solitarias del "río como mar" y del "río de los pájaros pintados". Y aparecieron por el lado de oriente, con la aureola del sol tras las inmensas cruces de sus velas, los galeones de Gaboto y de Solís...

Entonces volví en mí tocando tierra, acaricié uno de los pétreos sillares tallados por España, y mirando por última vez a la ciudad lejana, envuelta ya en los velos del crepúsculo, dije con voz del corazón salida: "¡Dios te guarde y te aumente, Benjamín!"

Acompañan al texto cantidad de fotografías que representan a los grandes hombres uruguayos y dan una visión de Montevideo y del paisaje del Uruguay. Las guardas se ilustran con un grabado de la antigua Banda Oriental y un mapa del Uruguay contemporáneo. El libro entero, con sus cuatrocientas páginas de texto, las viñetas de sus capítulos y su encuadernación en tela, ofrece una interesante muestra de lo que será la colección "Pueblos Hispánicos", en la que se anuncia ya un nuevo volumen sobre la República de El Salvador, original de D. Alberto de Mestas.

impacientes de la mocedad. He pasado junto a ti tres años justos, mirándote día a día, espionando tu genio y escudriñando tu alma, indagando tu pasado y avizorando tu porvenir. Veo en tus ojos el brillo de la diosa Fortuna, un futuro envidiable, una larga era de paz, un espléndido desarrollo material, una fecunda creación de riqueza, un florecer brillante de cultura, un conjunto de felicidades que harán de ti, como ya lo eres, uno de los más gratos domicilios de la humanidad.

"¡Que Dios te guarde y aumente, alejando de ti todos los males! Ya sé que andas un poco apartado de la Iglesia—cosas de juventud, cual tantas otras—, pero sabes muy bien que la invocación a Dios nunca hace daño y que los hermanos mayores hacemos a veces el papel de padres, mirando al cielo por los que queremos. Permite que te dé algunos consejos, nacidos solamente del amor. No te apartes de tu hermano José ni de los otros hermanos hispánicos, ni mucho menos los traicioneros nunca, prefiriendo cariños forasteros. No te olvides tampoco de tu madre, que es una hermosa madre, ¡vive Dios! Cuando D. Jacinto Benavente estuvo no hace mucho en la Argentina y admiró la grandeza de tu hermana del Plata, quiso hacer el elogio de esa buena moza americana—tan leal a España y a sí misma—, y no se le ocurrió otra cosa que el requiebro castizo a las mocitas andaluzas: "¡Olé tu madre!". Y en realidad no cabe un piropo más fino a la belleza de una mujer o a la grandeza de una patria que felicitar ante su vista a la madre que le dió el ser.

"Honrarás a tu padre y a tu madre y alargará tus días sobre la tierra", dice el texto completo del cuarto mandamiento de la Ley. Tú, Benjamín uruguayo, honra a tu madre y a tus hermanos y vivirás largamente en el prestigio de las naciones. Deja que venga a renovar tu sangre la corriente fecunda de los

hijos de España, haciendo prosperar tu agricultura y tu comercio, tu cultura y tu espíritu, sin que pierdas el hilo de tu tradición histórica y la cristiana fe que aún llevas en las venas. Elige tus amistades discretamente, sin apartarte de tus hermanos por acercarte a algunos amigos. Cásate, en fin, con hembra de tu estirpe, que haga tu hogar fecundo sin menoscabo de tu ser..."

El sol ya se ocultaba por entero tras los baluartes de mi espalda. Sentí un escalofrío de emoción y

